



OPINIÓN

Treinta años después

La ecuánime intervención presidencial reciente comprende la necesidad de abrir mejores caminos para el mañana.

Debemos poner la realidad histórica en su lugar: protagonista de la crisis de 1973 fue la Unidad Popular. Desde el primer día de su gobierno, buscó derechamente imponer en Chile el sistema marxista, en reemplazo de la democracia existente.

Acuerdos de los congresos del socialismo, partido eje del conglomerado entonces gobernante y al que pertenecía el Presidente Allende, así lo avalaban: "La violencia revolucionaria es inevitable y legítima...", " las formas pacíficas o legales de lucha no conducen por sí mismas al poder...". Igualmente elocuentes eran los postulados del Partido Comunista chileno.

En esa época la Unión Soviética —llamada por el presidente Allende "nuestro hermano mayor"— se encontraba en plena expansión y todos sus movimientos revolucionarios en el mundo habían sido exitosos, lo que explicaba el convencimiento de que era casi imposible revertir la oleada avasalladora del comunismo. Se complementaba esta fuerza con el apoyo oficial a la estrategia del Che Guevara.

Había, pues, una postura bélica, desafiante y determinista en la Unidad Popular. A estas realidades dramáticas hubieron de oponerse, en nuestra patria, sus Fuerzas Armadas y la mayoría de sus habitantes. El decir de la UP, de que las transformaciones se harían sin dictadura del proletariado, sino con empanadas y vino tinto, era una frívola metáfora, que resultaba cada vez más engañosa mientras más avanzaba el proceso de desintegración

nacional. Así se sucedieron las expropiaciones masivas, propuestas de un sistema unificado de educación, incumplimiento de las sentencias judiciales y la destrucción del Estado de Derecho y de la Constitución, denunciada por el Poder Judicial y por la Cámara de Diputados. No sólo habían colapsado las instituciones, sino, además, la economía, incapaz ya de satisfacer las necesidades más fundamentales de la población.

Era la táctica revolucionaria y no la estrategia democrática lo que definía los pasos del gobierno del Presidente Allende, como éste mismo lo expresó en una difundida entrevista. "Armas tendrá el pueblo", afirmaba el oficialismo, alentando la transgresión, mientras soliviantaba a la tropa en circunstancias de graves amenazas a nuestro territorio por países vecinos y ante la presencia de grupos organizados para desencadenar la violencia.

¿Qué hacer con un enemigo de esta magnitud y decisión? ¿Recurrir a los tribunales, cuyos fallos no eran respetados? ¿Qué podría hacerse con alguien que entra a una casa dispuesto a cambiar por la violencia el rumbo de la existencia de sus moradores?

Europa Central debió esperar por casi medio siglo el desmoronamiento de la Unión Soviética para liberarse, y Cuba sigue oprimida indefinidamente, transcurridos más de 40 años.

Es hora de que la justicia chilena aplique las normas jurídicas vigentes y principales que contempla el Estado de Derecho, en vez de prolongar artificialmente el pasado. La ecuánime intervención presidencial reciente, aunque no integra esta visión del ayer, comprende la necesidad de abrir mejores caminos para el mañana en que todos estamos empeñados.



Por Hernán Felipe Errázuriz